

tos benditos cónyuges. Ya tenían canas las cabezas de uno y otro, y D. Baldomero decía á todo el que quisiera oírle que amaba á su mujer *como el primer día*. Juntos siempre en el paseo, juntos en el teatro, pues á ninguno de los dos le gusta la función si el otro no la ve también. En todas las fechas que recuerdan algo dichoso para la familia, se hacen recíprocamente sus regalitos, y para colmo de felicidad, ambos disfrutaban de una salud espléndida. El deseo final del señor de Santa Cruz es que ambos se mueran juntos el mismo día y á la misma hora, en el mismo lecho nupcial en que han dormido toda su vida.

Les conocí en 1870. D. Baldomero tenía ya sesenta años, Barbarita cincuenta y dos. El era un señor de muy buena presencia, el pelo entrecano, todo afeitado, colorado, fresco, más joven que muchos hombres de cuarenta, con toda la dentadura completa y sana, ágil y bien dispuesto, sereno y festivo, la mirada dulce, siempre la mirada aquella de perrazo de Terranova. Su esposa parecióme, para decirlo de una vez, una mujer guapísima, casi estoy por decir monísima. Su cara tenía la frescura de la rosas cogidas pero no ajadas todavía, y no usaba más afeite que el agua clara. Conservaba una dentadura ideal y un cuerpo que, aun sin corsé, daba quince y raya á muchas fantasmonas exprimidas que andan por ahí. Su cabello se había puesto ya enteramente blanco, lo cual la favorecía

más que cuando lo tenía entrecano. Parecía pelo empolvado á estilo Pompadour, y como lo tenía tan rizado y tan bien partido sobre la frente, muchos sostenían que ni allí había canas ni Cristo que lo fundó. Si Barbarita presumiera, habría podido recortar muy bien los cincuenta y dos años plantándose en los treinta y ocho, sin que nadie le sacara la cuenta, porque la fisonomía y la expresión eran de juventud y gracia, iluminadas por una sonrisa que era la pura miel... Pues si hubiera querido presumir con malicia, ¡digo...! á no ser lo que era, una matrona respetabilísima con toda la sal de Dios en su corazón, habría visto acudir los hombres como acuden las moscas á una de esas frutas, que por lo muy maduras, principian á arrugarse, y les chorrean por la corteza todo el azúcar.

¿Y Juanito?

Pues Juanito fué esperado desde el primer año de aquel matrimonio sin par. Los felices esposos contaban con él este mes, el que viene y el otro, y estaban viéndole venir y deseándole como los judíos al Mesías. A veces se entristecían con la tardanza; pero la fe que tenían en él les reanimaba. Si tarde ó temprano había de venir... era cuestión de paciencia. Y el muy pillo puso á prueba la de sus padres, porque se entretuvo diez años por allá, haciéndoles rabiar. No se dejaba ver de Barbarita más que en sueños, en diferentes aspectos infantiles, ya co-

miéndose los puños cerrados, la cara dentro de un gorro con muchos encajes, ya talludito, con su escopetilla al hombro y mucha picardía en los ojos. Por fin Dios le mandó en carne mortal, cuando los esposos empezaron á quejarse de la Providencia y á decir que les había engañado. Día de júbilo fué aquel de Septiembre de 1845 en que vino á ocupar su puesto en el más dichoso de los hogares Juanito Santa Cruz. Fué padrino del crío el gordo Arnáiz, quien dijo á Barbarita: «A mí no me la das tú. Aquí ha habido matute. Este ternero lo has traído de la Inclusa para engañarnos...» ¡Ah! estos proteccionistas no son más que contrabandistas disfrazados.

Criáronle con regalo y exquisitos cuidados, pero sin mimo. D. Baldomero no tenía carácter para poner un freno á su estrepitoso cariño paternal, ni para meterse en severidades de educación y formar al chico como lo formaron á él. Si su mujer lo permitiera, habría llevado Santa Cruz su indulgencia hasta consentir que el niño hiciera en todo su real gana. ¿En qué consistía que habiendo sido él educado tan rígidamente por D. Baldomero I, era todo blanduras con su hijo? ¡Efectos de la evolución educativa, paralela de la evolución política! Santa Cruz tenía muy presentes las ferocidades disciplinarias de su padre, los castigos que le imponía y las privaciones que le había hecho sufrir. Todas las noches del año le obligaba á rezar el rosa-

rio con los dependientes de la casa; hasta que cumplió los veinticinco nunca fué á paseo solo, sino en corporación con los susodichos dependientes; el teatro no lo cataba sino el día de Pascua, y le hacían un trajecito nuevo cada año, el cual no se ponía más que los domingos. Teníanle trabajando en el escritorio ó en el almacén desde las nueve de la mañana á las ocho de la noche, y había de servir para todo, lo mismo para mover un fardo que para escribir cartas. Al anochecer, solía su padre echarle los tiempos por encender el velón de cuatro mecheros antes de que las tinieblas fueran completamente dueñas del local. En lo tocante á juegos, no conoció nunca más que el mus, y sus bolsillos no supieron lo que era un cuarto hasta mucho después del tiempo en que empezó á afeitarse. Todo fué rigor, trabajo, sordidez. Pero lo más particular era que creyendo D. Baldomero que tal sistema había sido eficacísimo para formarle á él, lo tenía por deplorable tratándose de su hijo. Esto no era una falta de lógica, sino la consagración práctica de la idea madre de aquellos tiempos: el progreso. ¿Qué sería del mundo sin progreso?, pensaba Santa Cruz, y al pensarlo sentía ganas de dejar al chico entregado á sus propios instintos. Había oído muchas veces á los economistas que iban de tertulia á casa de Cantero, la célebre frase *laissez aller, laissez passer...* El gordo Arnáiz y su amigo

Pastor, el economista, sostenían que todos los grandes problemas se resuelven por sí mismos, y D. Pedro Mata opinaba del propio modo, aplicando á la sociedad y á la política el sistema de la medicina expectante. La naturaleza se cura sola; no hay más que dejarla. Las fuerzas reparatrices lo hacen todo, ayudadas del aire. El hombre se educa sólo en virtud de las suscepciones constantes que determina en su espíritu la conciencia, ayudada del ambiente social. D. Baldomero no lo decía así; pero sus vagas ideas sobre el asunto se condensaban en una expresión de moda y muy socorrida: «el mundo marcha».

Felizmente para Juanito, estaba allí su madre, en quien se equilibraban maravillosamente el corazón y la inteligencia. Sabía coger las disciplinas cuando era menester, y sabía ser indulgente á tiempo. Si no le pasó nunca por las mientes obligar á rezar el rosario á un chico que iba á la Universidad y entraba en la cátedra de Salmerón, en cambio no le dispensó del cumplimiento de los deberes religiosos más elementales. Bien sabía el muchacho que si hacia novillos á la misa de los domingos, no iría al teatro por la tarde, y que si no sacaba buenas notas en Junio, no había dinero para el bolsillo, ni toros, ni excursiones por el campo con Estupiñá (luego hablaré de este tipo) para cazar pájaros con red ó liga, ni los demás divertimientos con que se recompensaba su aplicación.

Mientras estudió la segunda enseñanza en el colegio de Massarnau, donde estaba á media pensión, su mamá le repasaba las lecciones todas las noches, se las metía en el cerebro á puñados y á empujones, como se mete la lana en un cojín. Ved por dónde aquella señora se convirtió en sibila, intérprete de toda la ciencia humana, pues le descifraba al niño los puntos oscuros que en los libros había, y aclaraba todas sus dudas, allá como Dios le daba á entender. Para manifestar hasta dónde llegaba la sabiduría enciclopédica de doña Bárbara, estimulada por el amor materno, baste decir que también le traducía los temas de latín, aunque en su vida había ella sabido palotada de esta lengua. Verdad que era traducción libre, mejor dicho, liberal, casi demagógica. pero Fedro y Cicerón no se hubieran incomodado si estuvieran oyendo por encima del hombro de la maestra, la cual sacaba inmenso partido de lo poco que el discípulo sabía. También le cultivaba la memoria, descargándosela de farrago inútil, y le hacía ver claros los problemas de aritmética elemental, valiéndose de garbanzos ó judías, pues de otro modo no andaba ella muy á gusto por aquellos derroteros. Para la Historia Natural, solía la maestra llamar en su auxilio al león del Retiro, y únicamente en la Química se quedaban los dos parados, mirándose el uno al otro, concluyendo ella por meterle en la memoria las

fórmulas, después de observar que estas cosas no las entienden más que los boticarios, y que todo se reduce á si se pone más ó menos cantidad de agua del pozo. Total: que cuando Juan se hizo bachiller en Artes, Barbarita declaraba riendo que con estos teje-maneges se había vuelto, sin saberlo, una doña Beatriz Galindo para latines y una catedrática universal.

V

En este interesante período de la crianza del heredero, desde el 45 para acá, sufrió la casa de Santa Cruz la transformación impuesta por los tiempos, y que fué puramente externa, continuando inalterada en lo esencial. En el escritorio y en el almacén aparecieron los primeros mecheros de gas hacia el año 49, y el famoso velón de cuatro luces recibió tan tremenda bofetada de la dura mano del progreso, que no se le volvió á ver más por ninguna parte. En la caja habían entrado ya los primeros billetes del Banco de San Fernando, que sólo se usaban para el pago de letras, pues el público los miraba aún con malos ojos. Se hablaba aún de talegas, y la operación de contar cualquier cantidad era obra para que la desempeñara Pitágoras ú otro gran aritmético, pues con los doblones y ochentines, las pesetas catalanas,

los duros españoles, los de veintiuno y cuartillo, las onzas, las pesetas columnarias y las monedas macuquinas, se armaba un belén espantoso. Aún no se conocían el sello de correo, ni los sobres ni otras conquistas del citado progreso. Pero ya los dependientes habían empezado á sacudirse las cadenas; ya no eran aquellos parias del tiempo de D. Baldomero I, á quienes no se permitía salir sino los domingos y en comunidad, y cuyo vestido se confeccionaba por un patrón único, para que resultasen uniformados como colegiales ó presidiarios. Se les dejaba concurrir á los bailes de Villahermosa ó de candil, según las aficiones de cada uno. Pero en lo que no hubo variación fué en aquel piadoso atavismo de hacerles rezar el rosario todas las noches. Esto no pasó á la historia hasta la época reciente del traspaso á *los Chicos*. Mientras fué D. Baldomero jefe de la casa, ésta no se desvió en lo esencial de los ejes diamantinos sobre que la tenía montada el padre, á quien se podría llamar *D. Baldomero el Grande*. Para que el progreso pusiera su mano en la obra de aquel hombre extraordinario, cuyo retrato, debido al pincel de D. Vicente López, hemos contemplado con satisfacción en la sala de sus ilustres descendientes, fué preciso que todo Madrid se transformase; que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de los conventos; que el Marqués de Pontejos adecen-

tase este lugarón; que las reformas arancelarias del 49 y del 68 pusieran patas arriba todo el comercio madrileño; que el grande ingenio de Salamanca idease los primeros ferrocarriles; que Madrid se *colocase*, por arte del vapor, á cuarenta horas de París, y por fin, que hubiera muchas guerras y revoluciones y grandes trastornos en la riqueza individual.

También la casa de Gumersindo Arnáiz, hermano de Barbarita, ha pasado por grandes crisis y mudanzas desde que murió D. Bonifacio. Dos años después del casamiento de su hermana con Santa Cruz, casó Gumersindo con Isabel Cordero, hija de D. Benigno Cordero, mujer de gran disposición, que supo vez claro en el negocio de tiendas y ha sido la salvadora de aquel acreditado establecimiento. Comprometido éste del 40 al 45, por los últimos errores del difunto Arnáiz, se defendió con los *mahones*, aquellas telas ligeras y frescas que tanto se usaron hasta el 54. El género de China decaía visiblemente. Las galeras, aceleradas, iban trayendo á Madrid cada día con más presteza las novedades parisienses, y se apuntaba la invasión lenta y tiránica de los medios colores, que pretenden ser signo de cultura. La sociedad española empezaba á presumir de *seria*; es decir, á vestirse lúgubramente, y el alegre imperio de los colores se derrumbaba de un modo indudable. Como se habían ido las capas rojas, se fueron los

pañuelos de Manila. La aristocracia los cedía con desdén á la clase media, y ésta, que también quería ser aristócrata, entregábalos al pueblo, último y fiel adepto de los matices vivos. Aquel encanto de los ojos, aquel prodigio de color, remedo de la naturaleza sonriente, encendida por el sol del Mediodía, empezó á perder terreno, aunque el pueblo, con instinto de colorista y poeta, defendía la prenda española como defendió el parque de Monteleón y los reductos de Zaragoza. Poco á poco iba cayendo el chal de los hombros de las mujeres hermosas, porque la sociedad se empeñaba en parecer grave, y para ser grave, nada mejor que envolverse en tintas de tristeza. Estamos bajo la influencia del Norte de Europa, y ese maldito Norte nos impone los grises que toma de su ahumado cielo. El sombrero de copa da mucha respetabilidad á la fisonomía, y raro es el hombre que no se cree importante sólo con llevar sobre la cabeza un cañón de chimenea. Las señoras no se tienen por tales si no van vestidas de color de hollín, ceniza, rapé, verde botella ó pasa de corinto. Los tonos vivos las encanallan, porque el pueblo ama el rojo bermellón, el amarillo tila, el cadmio y el verde forraje; y está tan arraigado en la plebe el sentimiento del color, que la *seriedad* no ha podido establecer su imperio sino transigiendo. El pueblo ha aceptado el obscuro de las capas, imponiendo el rojo de las vueltas; ha con-

sentido las capotas, conservando las mantillas y los pañuelos chillones para la cabeza; ha transigido con los gabanes y aun con el *polisón*, á cambio de las toquillas de gama clara en que domina el celeste, el rosa y el amarillo de Nápoles. El crespón es el que ha ido decayendo desde 1840, no sólo por la citada evolución de la *seriedad* europea, que nos ha cogido de medio á medio, sino por causas económicas á las que no podíamos sustraernos.

Las comunicaciones rápidas nos trajeron mensajeros de la potente industria belga, francesa é inglesa, que necesitaban mercados. Todavía no era moda ir á buscarlos al África, y los venían á buscar aquí, cambiando cuentas de vidrio por pepitas de oro; es decir, lanillas, cretonas y merinos, por dinero contante ó por obras de arte. Otros mensajeros saqueaban nuestras iglesias y nuestros palacios, llevándose los brocados históricos de casullas y frontales, el tisú y los terciopelos con bordados y aplicaciones, y otras muestras riquísimas de la industria española. Al propio tiempo arramblaban por los espléndidos pañuelos de Manila, que habían ido descendiendo hasta las gitanas. También se dejó sentir aquí, como en todas partes, el efecto de otro fenómeno comercial, hijo del progreso. Refiérome á los grandes acaparamientos del comercio inglés, debidos al desarrollo de su inmensa marina. Esta influencia se manifestó bien pron-

to en aquellos humildes rincones de la calle de Postas, por la depreciación súbita del género de la China. Nada más sencillo que esta depreciación. Al fundar los ingleses el gran depósito comercial de Singapoore, monopolizaron el tráfico del Asia y arruinaron el comercio que hacíamos por la vía de Cádiz y Cabo de Buena Esperanza con aquellas apartadas regiones. Ayún y Senquá dejaron de ser nuestros mejores amigos, y se hicieron amigos de los ingleses. El sucesor de estos artistas, el fecundo é inspirado King-Cheong, se cartea en inglés con nuestros comerciantes y da sus precios en libras esterlinas. Desde que Singapoore apareció en la geografía práctica, el género de Cantón y Shangai dejó de venir en aquellas pesadas fragatonas de los armadores de Cádiz, los Fernández de Castro, los Cuestas, los Rubio; y la dilatada travesía del Cabo pasó á la historia, como apéndice de los fabulosos trabajos de Vasco de Gama y de Alburquerque. La vía nueva trazáronla los vapores ingleses combinados con el ferrocarril de Suez.

Ya en 1840 las casas que traían directamente el género de Cantón no podían competir con las que lo encargaban á Liverpool. Cualquiera mercachifle de la calle de Postas se proveía de este artículo sin ir á tomarlo en los dos ó tres depósitos que en Madrid había. Después las corrientes han cambiado otra vez, y al cabo de muchos años ha vuelto á traer España direc-

tamente las obras de King-Cheong; mas para esto ha sido preciso que viniera la gran vigorización del comercio después del 68 y la robustez de los capitales de nuestros días.

El establecimiento de Gumersindo Arnáiz se vió amenazado de ruina, porque las tres ó cuatro casas cuya especialidad era como una herencia ó traspaso de la Compañía de Filipinas, no podían seguir monopolizando la pañolería y demás artes chinescas. Madrid se inundaba de género á precio más bajo que el de las facturas de D. Bonifacio Arnáiz, y era preciso realizar de cualquier modo. Para compensar las pérdidas de la *quemazón*, urgía plantear otro negocio, buscar nuevos caminos, y aquí fué donde lució sus altas dotes Isabel Cordero, esposa de Gumersindo que tenía más pesquis que éste. Sin saber palotada de Geografía, comprendía que había un Singapoore y un istmo de Suez.

Adivinaba el fenómeno comercial, sin acertar á darle nombre, y en vez de echar maldiciones contra los ingleses, como hacía su marido, se dió á discurrir el mejor remedio. ¿Qué corrientes seguirían? La más marcada era la de las *novedades*, la de la influencia de la fabricación francesa y belga, en virtud de aquella ley de los grises del Norte, invadiendo, conquistando y anulando nuestro ser colorista y romancesco. El vestir se anticipaba al pensar,

y cuando aún los versos no habían sido desterrados por la prosa, ya la lana había hecho trizas á la seda.

«Pues apechuguemos con las *novedades*», dijo Isabel á su marido, observando aquel furor de modas que le entraba á esta sociedad y el afán que todos los madrileños sentían de ser elegantes *con seriedad*. Era, por añadidura, la época en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político y administrativo, comprando á plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto, absorbiendo, en fin, los despojos del absolutismo y del clero, y fundando el imperio de la levita. Claro es que la levita es el simbolo; pero lo más interesante de tal imperio está en el vestir de las señoras, origen de energías poderosas, que de la vida privada salen á la pública y determinan hechos grandes. ¡Los trapos, ay! ¿Quién no ve en ellos una de las principales energías de la época presente, tal vez una causa generadora de movimiento y vida? Pensad un poco en lo que representan, en lo que valen, en la riqueza y el ingenio que consagra á producirlos la ciudad más industriosa del mundo, y sin querer, vuestra mente os presentará entre los pliegues de las telas de moda todo nuestro organismo

mesocrático, ingente pirámide en cuya cima hay un sombrero de copa, toda la máquina política y administrativa, la deuda pública y los ferrocarriles, el presupuesto y las rentas, el Estado tutelar y el parlamentarismo socialista.

Pero Gumersindo é Isabel habían llegado un poco tarde, porque las *novedades* estaban en manos de mercaderes listos, que sabían ya el camino de París. Arnáiz fué también allá; mas no era hombre de gusto, y trajo unos adefesios que no tuvieron aceptación. La Cordero, sin embargo, no se desanimaba. Su marido empezaba á atontarse; ella á *ver claro*. Vió que las costumbres de Madrid se transformaban rápidamente, que esta orgullosa Corte iba á pasar en poco tiempo de la condición de aldeota indecente á la de capital civilizada. Porque Madrid no tenía de metrópoli más que el nombre y la vanidad ridícula. Era un payo con casaca de gentil-hombre y la camisa desgarrada y sucia. Por fin el paleta se disponía á ser señor de verdad. Isabel Cordero, que se anticipaba á su época, presintió la traída de aguas del Lozoya, en aquellos veranos ardorosos en que el Ayuntamiento refrescaba y alimentaba las fuentes del Berro y de la Teja con cubas de agua sacada de los pozos; en aquellos tiempos en que los portales eran sentinas y en que los vecinos iban de un cuarto á otro con el pucherito en la mano, pidiendo por favor un poco de agua para afeitarse.

La perspicaz mujer vió el porvenir, oyó hablar del gran proyecto de Bravo Murillo, como de una cosa que ella había sentido en su alma. Por fin Madrid, dentro de algunos años, iba á tener raudales de agua distribuídos en las calles y plazas, y adquiriría la costumbre de lavarse, por lo menos, la cara y las manos. Lavadas estas partes, se lavaría después otras. Este Madrid que entonces era futuro, se le representó con visiones de camisas limpias en todas las clases, de mujeres ya acostumbradas á mudarse todos los días, y de señores que eran la misma pulcritud. De aquí nació la idea de dedicar la casa al género blanco, y arraigada fuertemente la idea, poco á poco se fué haciendo realidad. Ayudado por D. Baldomero y Arnáiz, Gumersindo empezó á traer batistas finísimas de Inglaterra, holandas y escocias, irlandas y madapolanes, *nansouk* y cretonas de Alsacia, y la casa se fué levantando no sin trabajo de su postración, hasta llegar á adquirir una prosperidad relativa. Complemento de este negocio *en blanco*, fueron la damasquería gruesa, los cutíes para colchones y la mantelería de Courtray, que vino á ser *especialidad* de la casa, como lo decía un rótulo añadido al letrero antiguo de la tienda. Las puntillas y encajería mecánica vinieron más tarde, siendo tan grandes los pedidos de Arnáiz, que una fábrica de Suiza trabajaba sólo para él. Y por fin, las crinolinas dieron al establecimien-

to buenas ganancias. Isabel Cordero, que había presentido el Canal del Lozoya, presintió también el miriñaque, que los franceses llamaban *Malakoff*, invención absurda que parecía salida de un cerebro enfermo de tanto pensar en la dirección de los globos.

De la pañolería y artículos asiáticos, sólo quedaban en la casa por los años del 50 al 60 tradiciones religiosamente conservadas. Aún había alguna torrecilla de marfil y buena porción de mantones ricos de alto precio en cajas primorosas. Era quizás Gumersindo la persona que en Madrid tenía más arte para doblarlos, porque ha de saberse que doblar un crespón era tarea tan difícil como hinchar un perro. No sabían hacerlo sino los que de antiguo tenían la costumbre de manejar aquel artículo, por lo cual muchas damas, que en algún baile de máscaras se ponían el chal, lo mandaban al día siguiente, con la caja, á la tienda de Gumersindo Arnáiz, para que éste lo doblase según arte tradicional, es decir, dejando oculta la rejilla de á tercia y el fleco de á cuarta, y visible en el cuartel superior el dibujo central. También se conservaban en la tienda los dos maniquíes vestidos de mandarines. Se pensó en retirarlos, porque ya estaban los pobres un poco tronados; pero Barbarita se opuso, porque dejar de verlos allí haciendo juego con la fisonomía lela y honrada del señor de Ayún, era como si enterrasen á alguno de la

familia; y aseguró que si su hermano se obstinaba en quitarlos, ella se los llevaría á su casa para ponerlos en el comedor, haciendo juego con los aparadores.

VI

Aquella gran mujer, Isabel Cordero de Arnáiz, dotada de todas las agudezas del traficante y de todas las triquiñuelas económicas del ama de gobierno, fué agraciada además por el Cielo con una fecundidad prodigiosa. En 1845, cuando nació Juanito, ya había tenido ella cinco, y siguió pariendo con la puntualidad de los vegetales que dan fruto cada año. Sobre aquellos cinco hay que apuntar doce más en la cuenta, total, diez y siete partos, que recordaba asociándolos á fechas célebres del reinado de Isabel II. «Mi primer hijo, decía, nació cuando vino la tropa carlista hasta las tapias de Madrid. Mi Jacinta nació cuando se casó la Reina, con pocos días de diferencia. Mi Isabelita vino al mundo el día mismo en que el cura Merino le pegó la puñalada á Su Majestad, y tuve á Rupertito el día de San Juan del 58, el mismo día que se inauguró la traída de aguas.»

Al ver la estrecha casa, se daba uno á pensar que la ley de impenetrabilidad de los cuerpos

fué el pretexto que tomó la muerte para mermar aquel bíblico rebaño. Si los diez y siete chiquillos hubieran vivido, habría sido preciso ponerlos en los balcones como los tiestos, ó colgados en jaulas de machos de perdiz. El garrotillo y la escarlatina fueron entresacando aquella mies apretada, y en 1870 no quedaban ya más que nueve. Los dos primeros volaron á poco de nacidos. De tiempo en tiempo se moría uno, ya crecidity, y se aclaraban las filas. En no sé qué año, se murieron tres con intervalo de cuatro meses. Los que rebasaron de los diez años, se iban criando regularmente.

He dicho que eran nueve. Falta consignar que de estas nueve cifras, siete correspondían al sexo femenino. ¡Vaya una plaga que le había caído al bueno de Gumersindo! ¿Que hacer con siete chiquillas? Para guardarlas cuando fueran mujeres, se necesitaba un cuerpo de ejército. ¿Y cómo casarlas bien á todas? ¿De dónde iban á salir siete maridos buenos? Gumersindo, siempre que de esto se le hablaba, echábalo á broma, confiando en la buena mano que tenía su mujer para todo. «Verán—decía,—cómo saca ella de debajo de las piedras siete yernos de primera.» Pero la fecunda esposa no las tenía todas consigo. Siempre que pensaba en el porvenir de sus hijas se ponía triste, y sentía como remordimientos de haber dado á su marido una familia que era un problema económico. Cuando hablaba de

esto con su cuñada Barbarita, lamentábase de parir hembras como de una responsabilidad. Durante su campaña prolífica, desde el 38 al 60, acontecía que á los cuatro ó cinco meses de haber dado á luz ya estaba otra vez en cinta. Barbarita no se tomaba el trabajo de preguntárselo, y lo daba por hecho. «Ahora—le decía,—vas á tener un muchacho.» Y la otra, enojada, echando pestes contra su fecundidad, respondía: «Varón ó hembra, estos regalos debieran ser para ti. Á ti debiera Dios darte un canario de alcoba todos los años.

Las ganancias del establecimiento no eran escasas; pero los esposos Arnáiz no podían llamarse ricos, porque con tanto parto y tanta muerte de hijos y aquel familión de hembras, la casa no acababa de florecer como debiera. Aunque Isabel hacía milagros de arreglo y economía, el considerable gasto cotidiano quitaba al establecimiento mucha savia. Pero nunca dejó de cumplir Gumersindo sus compromisos comerciales, y si su capital no era grande, tampoco tenía deudas. El *quid* estaba en colocar bien las siete chicas, pues mientras esta tremenda campaña matrimoñesca no fuera coronada por un éxito brillante, en la casa no podía haber grandes ahorros.

Isabel Cordero era, veinte años ha, una mujer desmejorada, pálida, deforme de talle, como esas personas que parece se están desbaratando

y que no tienen las partes del cuerpo en su verdadero sitio. Apenas se conocía que había sido bonita. Los que la trataban no podían imaginársela en estado distinto del que se llama interesante, porque el barrigón parecía en ella cosa normal, como el color de la tez ó la forma de la nariz. En tal situación y en los breves periodos que tenía libres, su actividad era siempre la misma, pues hasta el día de caer en la cama estaba sobre un pie, atendiendo incansable al complicado gobierno de aquella casa. Lo mismo funcionaba en la cocina que en el escritorio, y acabadita de poner la enorme sartén de migas para la cena ó el calderón de patatas, pasaba á la tienda á que su marido la enterase de las facturas que acababa de recibir ó de los avisos de letras. Cuidaba principalmente de que sus niñas no estuviesen ociosas. Las más pequeñas y los varoncitos iban á la escuela; las mayores trabajaban en el gabinete de la casa, ayudando á su madre en el repaso de la ropa, ó en acomodar al cuerpo de los varones las prendas desechadas del padre. Alguna de ellas se daba maña para planchar; solían también lavar en el gran artesón de la cocina, y zurcir y echar un remiendo. Pero en lo que mayormente sobresalían todas era en el arte de arreglar sus propios perendengues. Los domingos, cuando su mamá las sacaba á paseo en larga procesión, iban tan bien apañaditas que daba gusto verlas. Al ir á misa, desfilaban entre

la admiración de los fieles; porque conviene apuntar que eran muy monas. Desde las dos mayores, que eran ya mujeres, hasta la última, que era una miniaturita, formaban un rebaño interesantísimo, que llamaba la atención por el número y la escala gradual de las tallas. Los conocidos que las veían entrar, decían: «ya está ahí doña Isabel con el muestrario». La madre, peinada con la mayor sencillez, sin ningún adorno, flácida, pecosa y desprovista ya de todo atractivo personal que no fuera la respetabilidad, pastoreaba aquel rebaño, llevándolo por delante como los paveros en Navidad.

¡Y que no pasaba flojos apuros la pobre para salir airosa en aquel papel inmenso! Á Barbarita le hacía ordinariamente sus confidencias. «Mira, hija, algunos meses me veo tan agonizada, que no sé qué hacer. Dios me proteje, que si no... Tú no sabes lo que es vestir siete hijas. Los varones, con los desechos de la ropa de su padre, que yo les arreglo, van tirando. ¡Pero las niñas!... ¡Y con estas modas de ahora y este suponer!... ¿Viste la pieza de merino azul?, pues no fué bastante y tuve que traer diez varas más. ¡Nada te quiero decir del ramo de zapatos! Gracias que dentro de casa la que se me ponga otro calzado que no sea las alpargatitas de cáñamo, ya me tiene hecha una leona. Para llevarles la barriga, me defiendo con las patatas y

TEON
BIBLIOTECA
1625 MONTERREY, MEXICO

las migas. Este año he suprimido los estofados. Sé que los dependientes refunfunan; pero no me importa. Que vayan á otra parte donde los traten mejor. ¿Crearás que un quintal de carbón se me va como un soplo? Me traigo á casa dos arrobas de aceite, y á los pocos días... pif... parece que se lo han chupado las lechuzas. Encargo á Estupiñá dos ó tres quintales de patatas, hija, y como si no trajera nada.» En la casa había dos mesas. En la primera comían el principal y su señora, las niñas, el dependiente más antiguo y algún pariente, como Primitivo Cordero cuando venía á Madrid de su finca de Toledo, donde residía. Á la segunda se sentaban los dependientes menudos y los dos hijos, uno de los cuales hacía su aprendizaje en la tienda de blondas de Segundo Cordero. Era un total de diez y siete ó diez y ocho bocas. El gobierno de tal casa, que habría rendido á cualquiera mujer, no fatigaba visiblemente á Isabel. A medida que las niñas iban creciendo, disminuía para la madre parte del trabajo material; pero este descanso se compensaba con el exceso de vigilancia para guardar el rebaño, cada vez más perseguido de lobos y expuesto á infinitas asechanzas. Las chicas no eran malas, pero eran jovencuelas, y ni Cristo Padre podía evitar los atisbos por el único balcón de la casa, ó por la ventanucha que daba al callejón de San Cristóbal. Empezaban á entrar en la casa carti-

tas, y á desarrollarse esas intrigüelas inocentes que son juegos de amor, ya que no el amor mismo. Doña Isabel estaba siempre con cada ojo como un farol, y no las perdía de vista un momento. Á esta fatiga ruda del espionaje materno uníase el trabajo de exhibir y airear el muestrario, por ver si caía algún parroquiano, ó por otro nombre, marido. Era forzoso *hacer el artículo*, y aquella gran mujer, negociante en hijas, no tenía más remedio que vestirse y concurrir con su *género* á tal ó cual tertulia de amigas, porque si no lo hacía ponían las nenas unos morros que no se las podía aguantar. Era también de rúbrica el paseito los domingos, en corporación; las niñas, muy bien arregladitas, con cuatro pingos que parecían lo que no eran; la mamá, muy estirada de guantes, que le imposibilitaban el uso de los dedos, con manguito, que le daba un calor excesivo á las manos, y su buena cachemira. Sin ser vieja lo parecía.

Dios, al fin, apreciando los méritos de aquella heroína, que ni un punto se apartaba de su puesto en el combate social, echó una mirada de benevolencia sobre el muestrario y después lo bendijo. La primera chica que se casó fué la segunda, llamada Candelaria, y en honor de la verdad, no fué muy lucido aquel matrimonio. Era el novio un buen muchacho, dependiente en la camisería de la viuda de Aparisi. Llamábase Pepé Samaniego, y no tenía más fortuna

que sus deseos de trabajar y su honradez probada. Su apellido se veía mucho en los rótulos del comercio menudo. Un tío suyo era boticario en la calle del Ave María. Tenía un primo pescadero, otro tendero de capas en la calle de la Cruz, otro prestamista, y los demás, lo mismo que sus hermanos, eran todos horteras. Pensaron primero los de Arnáiz oponerse á aquella unión, mas pronto se hicieron esta cuenta: «No están los tiempos para hilar muy delgado en esto de los maridos. Hay que tomar todo lo que se presente, porque son siete á colocar. Basta con que el chico sea formal y trabajador.»

Casóse luego la mayor, llamada Benigna, en memoria de su abuelito el héroe de Boteros. Esta sí que fué buena boda. El novio era Ramón Villuendas, hijo mayor del célebre cambiante de la calle de Toledo; gran casa, fortuna sólida. Era ya viudo con dos chiquillos, y su parentela ofrecía variedad chocante en orden de riqueza. Su tío, D. Cayetano Villuendas, estaba casado con Eulalia, hermana del marqués de Casa Muñoz, y poseía muchos millones; en cambio había un Villuendas tabernero, y otro que tenía un tenducho de percales y bayetas llamado *El Buen Gusto*. El parentesco de los Villuendas pobres con los ricos no se veía muy claro; pero parientes eran y muchos de ellos se trataban y se tuteaban.

La tercera de las chicas, llamada Jacinta, pescó marido al año siguiente. ¡Y qué marido!... Pero al llegar aquí, me veo precisado á cortar esta hebra, y paso á referir ciertas cosas que han de preceder á la boda de Jacinta.